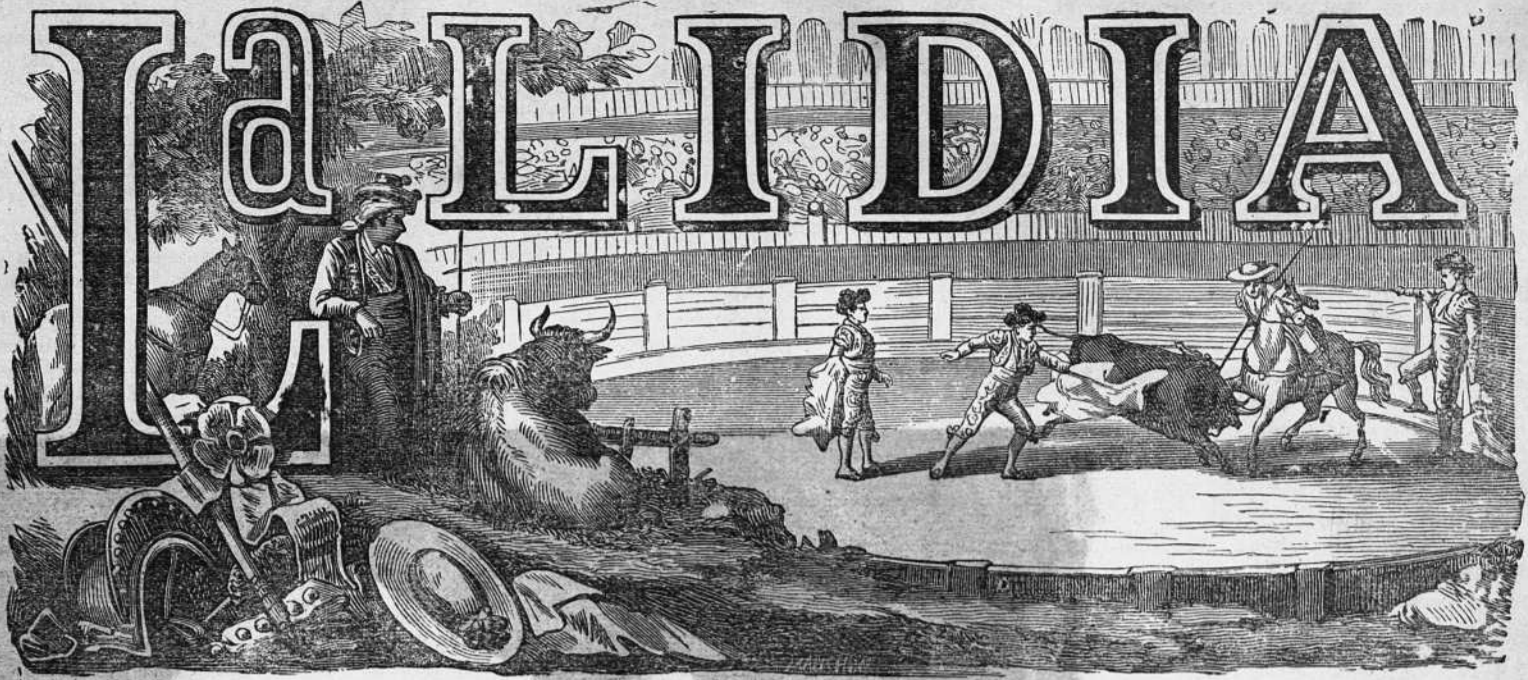


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Para una alusión personal, por D. Manuel Ossorio y Bernard.—
 ¡Buen viaje! por D. José Sánchez de Neira.—Revista de Toros
 (19.ª corrida de abono), por Don Cándido.—Anuncio.

PARA UNA ALUSIÓN PERSONAL

Sr. D. José Sánchez de Neira.

Tan respetable es para mí, amigo D. José, su opinión autorizadísima, que al leer el precioso artículo que ha publicado en el número 28 de LA LIDIA, haciendo un llamamiento á los que usted supone aficionados al toreo, ofreciéndoles, por decirlo así, la alternativa para que puedan hablar de verónicas y navarras, volapiés y cuarteos, que, después de leído, he comenzado por dudar de mí mismo, por dudar de mis aficiones, y aun instintivamente me he llevado la mano al occipucio para convencerme de que no tengo la tradicional y trezada coleta que acabe de prestar carácter. Por otra parte, en tan buena compañía se ha dignado ponerme, uniendo mi oscuro nombre al de Zorrilla, que disfruta en vida los honores de la inmortalidad, y al del Dr. Thebussem, tan ilustre en las investigaciones históricas, gastronómicas y postales, y ratificando con sus juicios la personal amistad que me profesa, que, casi casi, me siento inclinado á aceptar la confirmación de aficionado; y de seguro que la aceptaría si deberes de conciencia no me lo vedaran.

Ocúrreme en este asunto de los gustos tauromáquicos algo de lo que á todos nos sucede, aunque muchos no lo confiesen, en los asuntos y aficiones de la vida; obedientes á las ideas de relación, transigimos hoy con lo que censurábamos ayer, y acaso nos entusiasmará mañana aquello mismo con que transigimos hoy.

Hay en la fiesta tauromáquica, amigo don José, algo en lo que todos estamos de acuerdo, y algo en que las opiniones se separan y difieren.

Nada, por ejemplo, tan alegre, tan característico, tan imposible de describir y de pintar, como los preliminares de la fiesta. En larguísimo trayecto que recorren á pie los paseantes, por entre calles donde cada balcón ostenta mujeres de belleza meridional ataviadas con galas y flores que aumentan su hermosura, corren en competencia entre el ruido de los chasquidos del látigo y los gritos de los conductores, carruajes de punto y tranvías, ómnibus y jardinerías de todas clases, formas y tamaños, de uno y de dos pisos, donde se aprietan y confunden

todas las clases de la sociedad española en abigarrado, pintoresco y fraternal conjunto. Los ferreos rails de las calles y el espíritu comercial que aspira á la reforma, para que los vehículos puedan encerrar número crecidísimo de personas, desterraron á uno que parecía llamado á perpetuarse: la calesa de brillantes tonos, con su capota plegada, sus majos pintados en el respaldo, su caballo de cascabeles y su conductor de ancha patilla y traje de derivación andaluza.

En el camino de la Plaza, amigo Neira, vamos perfectamente y en completa conformidad, reconociendo que no hay, que no puede haber en ninguna otra nación de la tierra, espectáculo que, como el nuestro, promueva semejante animación, que abrillanta con su fondo el cielo azul de nuestra patria, é iluminan y templan los ardorosos rayos de un sol canicular.

La inquieta y animada muchedumbre abandona ya sus carruajes, se oprime en los tornos de las puertas, corre por el vestíbulo, pasillos y escaleras, y va llenando gradas y palcos, tendidos y barreras. Voces que repiten los alegres ecos, cambios de saludos, galanterías y bromas, alusiones á las respectivas aficiones de unos y otros espectadores, todo esto unido á los alegres sonos de la música, sigue formando el prólogo del espectáculo, con tan expansiva alegría, con tan fraternal contento, con tan democrático carácter, que no se comprende sin presenciarlo, ni puede olvidarse presenciado una vez.

Después, al sonar la hora reglamentaria, con exactitud que sólo en esta función muestra España, efectuado el despejo y verificado el desfile de la cuadrilla, colocados en su lugar los picadores de tanda, cambiados los capotes de paseo por los de faena, y en posesión el *Bañero* de la llave del toril que le ha entregado uno de los alguaciles, al toque de clarín que suena, obedeciendo la indicación del Presidente, se da salida al primer toro y empieza el sangriento espectáculo.

Ya en este punto, amigo y señor mío, nuestras opiniones tienen que diferir mucho; pero como á mí no me duelen prendas, todavía he de llevar más adelante mis concesiones. Sí: declaro y confieso que en la lucha del hombre con la fiera, me complace, me seduce y me entusiasma en ocasiones el arte con que el primero burla la bravura de la segunda y sus instintos sanguinarios, llevándole al terreno á que la quiera llevar, haciéndola perder su fuerza poderosa en inútiles acometidas; arrancándola de

junto al jinete caído y el caballo moribundo, jugando con ella como si de semejantes juegos no pendiera la vida del diestro. No menos simpático resulta éste cuando viendo caído, perseguido ó en cualquier peligro á su compañero, corta el terreno, sale al encuentro de la res, se interpone y salva la existencia de su auxiliar, de su amigo, tal vez de su rival en los favores de la concurrencia, que en aquel momento no tiene partido, y en un sólo grito, en un solo arranque, en un aplauso unánime, prolongado y entusiasta, consagra su admiración por el heroico hecho realizado con una naturalidad impropia de su verdadera grandeza.

Ya se ve, amigo D. José, que no quiero ser parco en mis declaraciones; que dejo hablar al corazón, y doy á V. y á los que como V. piensan nuevas armas para sus campañas; pero esto me autoriza más y más para protestar contra algunas de las suertes de la lidia á causa de su repugnante y sangriento carácter, y para rechazar la que es suprema en el espectáculo tauromáquico, aunque en ella especialmente se pongan de relieve las gallardías de los diestros, las muchas matemáticas prácticas de sus piernas y el vigor de sus brazos, dotes que han de acompañar al esfuerzo y temple del corazón, para cultivar con éxito, brillantez y fama el arte del toreo.

M. OSSORIO Y BERNARD.

¡BUEN VIAJE!

Ahora es la época en que los toreros emigran á las Américas á ejercer su profesión en busca de honra y provecho.

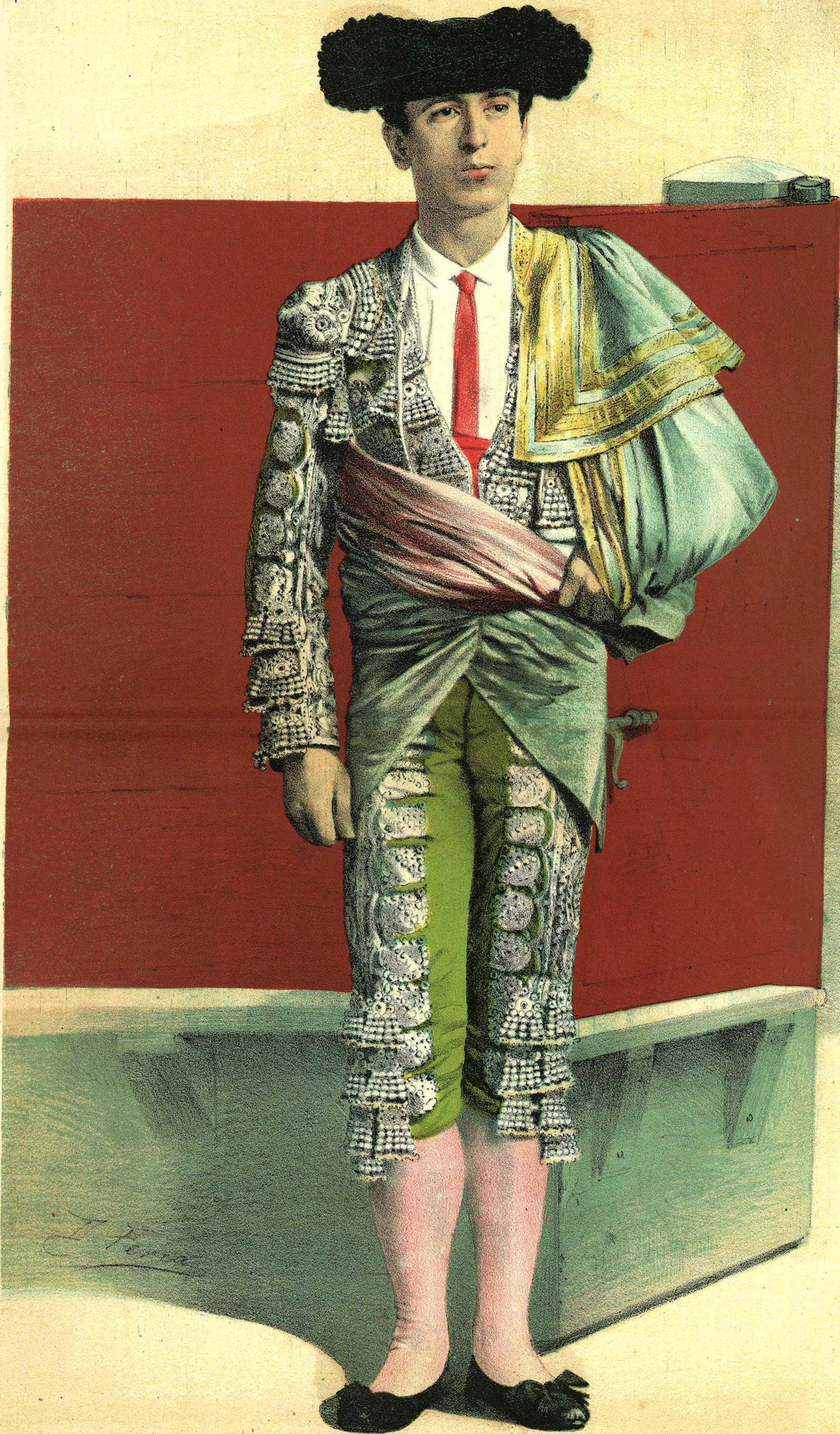
Abandonan la tierra que les vió nacer, la que algunas veces ha sido para ellos ingrata, y cruzando los mares, sueñan con grandes ovaciones y pingües utilidades.

Recuerdan, sin duda alguna, la antigua máxima que dice: «Ninguno es profeta en su patria»; y quieren probar fortuna en la ajena.

Es decir, que no les arredra el refrán aquel de que «más vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer», y se atienen al otro de que «el que no se aventura no pasa la mar».

No todos, sin embargo, van á la buena ventura, que llevan aseguradas sus contratas ventajosas, y muchos marchan por segunda ó tercera vez á aquellos remotos climas, acreditando de ese modo que nada perdieron y sí ganaron mucho en sus campañas anteriores.

Pero estos puede decirse que son los que «caen de pie», ya por simpatías personales, que desde el



fuera de la casa de los padres; y si han de tenerla, forzoso es que se apliquen y adelanten, para que entonces les digamos, como á los que hoy emigran: —¡Buen viaje!

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Toros en Madrid.

19.^a CORRIDA DE ABONO.—4 NOVIEMBRE 1888

Para poner término al desdichado abono de este año taurómico, y cumplir á la vez con algún compromiso contraído, la Empresa dispuso una corrida de ocho toros con cuatro matadores, siendo éstos Lagartijo, Cara-ancha, Lagartija y Guerrita, y de aquéllos, seis con la divisa de Trespalacios y dos con la de Clemente, quedando los primeros reducidos á cinco por inutilidad de uno, que halló sustitución con otro de Nandín, lidiados todos por el orden que á continuación se expresa.

EL GANADO

1.^o *Cujadito*, de Nandín; castaño claro, chorreado, carreto, bociblanco, de libras y cornicorto; tomó con escaso poder siete varas y mató un caballo. Llegó á banderillas huído y receloso á la muerte.

2.^o *Pitorro*, de Trespalacios; negro zaino, enjuto de carnes y cornigacho. Con voluntad al principio, pero tardeando después, tomó cinco varas y dió una caída. Bueno en banderillas y muerte.

3.^o *Cordobés*, de Clemente; fué un novillito negro zaino, que aunque con tendencias á huirse tomó con poca cabeza, seis varas, dió una caída y mató un caballo. En banderillas algo quedado y bueno en la muerte.

4.^o *Lobato*, de Trespalacios; castaño albardado, de libras y corto de defensas. Con poco poder tomó cinco varas y dió dos caídas, saltó una vez por el r y lo intentó varias más.

5.^o *Golondrino*, de la misma ganadería que el anterior; castaño retinto, recogido de cara y algo veleta. Tomó nueve varas, dió dos caídas y mató un caballo. Bueno en banderillas y muerte.

6.^o *Palero*, de la misma ganadería; negro listón, buen mozo y bien puesto. Tomó, con poca codicia, siete varas, dando una caída y matando un caballo. Huído en banderillas y lo mismo en la muerte.

7.^o *Cigarrero*, de la ganadería antedicha; negro listón, basto y sin cuernos. Tomó seis varas y dió dos caídas. Llegó guasón á banderillas y muerte.

8.^o *Comisario*; negro bragado, de escasa representación y bien puesto. Tomó con bravura ocho varas, dió tres caídas y mató dos caballos. Fué bueno para banderillas y estuvo descompuesto á la muerte.

En conjunto, el ganado ha sido de poca lámina, esceptuando el primero, y de escaso poder todos ellos.

LOS MATADORES

Rafael.—Con un toro receloso se confió desde luego, lidiándole completamente solo, aunque con poco lucimiento, empleando una faena, en general, de medios pases, por no prestarse el toro á mayores hazañas con la muleta, verdad es que en los que el diestro dió enteros ni se ciñó ni paró, antes bien perdió terreno. En estas circunstancias aprovechó la primera oportunidad, en que la res se niveló en las tablas de la puerta de Madrid, para arrancarse al volapié, á su manera, con media estocada, que á vueltas de algunos capotazos hizo doblar al animal.

En su segundo ya fué otra cosa; con media docena de pases buenos, en su mayoría, y particularmente dos en redondo, entró á matar desde lejos, pero con una fe que no veíamos en Rafael desde hace tiempo, y sin que aseguremos que la estocada fué superior, es lo cierto que resultó de gran fortuna, tumbando al toro en medio del redondo. El matador escuchó una ovación con que el público le obsequió en justicia.

Como banderillero, es ya vulgar cuanto digamos, pues sabido es que en este terreno no puede tener competencia; dos soberbios pares colocó al quinto toro, de frente el primero y aprovechando el otro, en los que se le vió medir matemáticamente las distancias y consentir como nadie, todo esto acompañado de la elegancia y aplomo que son prerrogativas en esta suerte, por él practicada.

Bregando se hizo también acreedor á las palmas, pues lo efectuó con más deseos que otras veces; y bien dirigiendo los toros que le correspondieron.

Cara-ancha.—Toreó al revés á su primero, puesto que el animal se acostaba del lado izquierdo, donde tomó todo el castigo, circunstancia que no debió desatender el matador para empaparle con la derecha, fuera de todo recelo; 15 pases, la mayoría preparados, fueron los que precedieron á una estocada á volapié, atravesadísima; un pinchazo en las tablas y otra estocada buena en las mismas, entrando á matar bastante bien, por regla general.

A su segundo, que estaba huído, lo trabajó conforme lo requerían las condiciones del bicho, y sin abusar de la muleta, le recetó media estocada algo contraria, pero tirándose bien. Escuchó palmas.

Banderilleando al séptimo toro á la altura de su reputación, pues colocó un magnífico par al quiebro de tanto más mérito, cuanto que el toro había rehuido la suerte en dos ocasiones en que el diestro le había citado. Indudablemente Cara-ancha es el que hoy conserva menos mistificada, la herencia de parear al quiebro legada por el

Gordo y Lagartijo. Serenidad para ver llegar; fijeza para quebrar y elegancia para consumir la suerte; todo esto demostró ayer Cara-ancha, en el par de banderillas á que nos referimos. La ovación fué unánime y merecida. En la brega estuvo trabajador; un tanto descuidado en la dirección y desgraciado en los lances de capa, que fueron muy medianos.

Lagartija.—No alcanzó gloria ni vilipendio en la muerte de los dos toros que le tocaron; al primero, con querencia en las tablas, cosa que comprendió el diestro al intentar un arranque á favor de la misma, le toreó con desconfianza y sin meterse en el terreno donde su enemigo le llamaba, desaprovechando bastantes ocasiones en que el toro se le cuadró en este sentido y aventurándose á herir cuando presentaba mayores dificultades: de aquí una metisada que se marchó por carne, y una estocada á paso de banderillas desde lejos.

En el segundo no puede decirse que toreó de muleta, aquello fué pasar el trapo por la cara del animal sin rematar un solo pase, y por tanto sin conseguir el objeto á que se dedica este auxiliar del último tercio: naturalmente logró que el toro se volviese guasón en demasía, y que la faena resultase muy pesada, tanto más, cuanto que Ruiz toma, desde hace algún tiempo, la cosa con una calma abrumadora, y se desluce con ella completamente. Amén de varias pasadas sin herir, por arrancarse muy de lejos, necesitó una estocada perpendicular y contraria, un metisaca y media pescuecera para acabar con el torillo.

Más actividad y más sangre, señor Lagartija, que usted mostraba antes mejores deseos.

Bregando nada hizo de particular; llenó su puesto y nada más.

Guerrita.—Mientras continúe por el camino emprendido, no habrá para él toros malos, y ni el público ni LA LIDIA le escatimarán sus aplausos. Su primer bicho distaba bastante de ser noble, pero con solo nueve pases engendrados con gran valor, le fijó para arrancarse sobre corto, como ya es sabido, y clavar un volapié hasta la empuñadura, cuyo mérito no amenguó en nada que la salida fuera rebozado el diestro con el toro. Algo se deslució, y es lástima, al intentar el descabello con estoque y puntilla, consiguiéndolo á la sexta vez; y como sabemos que no desconoce el diestro la manera de preparar las reses para esta última parte de la lidia, sentimos que hiciera caso omiso de este requisito, é insistiese en los intentos sin aquella preparación; pero esto es un detalle que en nada afecta á la bondad principal de la faena.

En el último toro se precipitó algo Guerrita. Debíó tomar al toro algo más que lo hizo con la muleta y en más condiciones de aplomo, tal vez hubiese terminado de una sola estocada, evitándose salir perseguido de la primera por la premura antedicha. Terminó su cometido descabellando al tercer intento.

En banderillas, con decir que no descompuso el cuadro y pareaba con Rafael, está hecho su mejor elogio; la actividad y la alegría, notas características de su toreo, le hicieron colocar dos y medio pares, malo el medio, pero que el público no lo tomó en cuenta en gracia á los excelentes deseos del joven Rafael.

Como Lagartijo y Cara-ancha, obtuvo su correspondiente ovación, y la plaza se llenó de tabacos, sombreros y otras prendas.

Bregando, como siempre, muy bien.

LOS BANDERILLEROS.

Han cerrado la temporada sin hacer nada, en general, de lo mucho bueno á que se presta este importante período de la lidia: ayer únicamente cumplieron con discreción, el Torerito en el primer toro, y Blanquito en un par á cada uno de los lidiados en segundo y sexto lugar.

LOS PICADORES

Los debutantes, de cuyo nombre no queremos acordarnos, se portaron lo peor que pudieron; y de los antiguos José Calderón y el Callesero, pusieron algunos buenos puyazos.

La Presidencia, dejándose presidir por el público.

La entrada muy floja, y fría la tarde.

DON CÁNDIDO.

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

OBRA NUEVA

LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA DE SEVILLA

Y EL TOREO MODERNO

por

DON PASCUAL MILLÁN

Prólogo de Carmena y carta de Lagartijo.

PRECIO: 3 PESETAS.

Descuento á los corresponsales de LA LIDIA.

REPRESENTANTE EXCLUSIVO

DE

LA LIDIA.

México.—Diego Barrera, 1.^a de San Francisco, 14, Tabaqueria LA LIDIA.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Teléfono 133.



En el momento adquieren, ya por su indudable mérito, que, cuando menos, ya que no le aplaudan, respaldados por los americanos: porque hay otros toreros que, no careciendo de conocimientos y valor personal, son mal mirados en aquellos países, donde no faltan lidiadores de reses bravas, con gran renombre y universales simpatías.

Luchan, pues, los españoles que allí se presentan por vez primera, con graves inconvenientes. Saben más del arte de Montes que aquellos indígenas; son valientes como ellos; son generosos y espléndidos como buenos españoles, de quienes son hijos los americanos; y á pesar de esto, sufre mil amarguras el torero que no agrada por cualquier razón.

Se comprende bien. Aunque no tuvieran otra razón los habitantes de aquellas repúblicas, lo cierto es que van «á quitarles el pan» los toreros españoles, sin que para atenuar esta aseveración baste decir que en aquellas tierras para todos hay. Rico es el país, la plata abunda más que en España, pero no tanto, tanto, que no cueste trabajo ganarla. Allí, como aquí, y en todas partes, hay empresas que se arruinan así cuentan con los mejores elementos para complacer al público; y de tal manera, y con tal ahinco se esfuerzan unos por hacer la contra á otros, que hay población donde se dan corridas de toros en un mismo día por distintas cuadrillas y en cuatro Plazas diferentes.

Como ejemplo para apoyar las anteriores afirmaciones, no hay que citar más que el del año pasado con la cuadrilla de Mazzantini. Iba éste precedido de la reputación adquirida allí mismo; componían su cuadrilla los peones más distinguidos y los picadores más populares de los que actualmente se presentan en todas las Plazas; y... á pesar de eso, á pesar del esmero con que los españoles procuraron cumplir su cometido, la empresa perdió dinero, y no poco. Porque, claro es, dividida la afición en tantas Plazas, los que la tienen se inclinan al punto que más satisface sus gustos y aspiraciones, y mientras algunos quieren presenciar las concienzudas suertes de los buenos toreros, prefieren otros las arriesgadas de los valientes ó temerarios menos inteligentes, y no falta quien no transige ni quiere ver otras que las practicadas por la gente del país, á estilo de su país, sin mezcla de lidia extraña.

De ahí que haya toreros españoles que viven á la sombra de los naturales de aquellas regiones; de ahí las amalgamas en lidia de españoles y americanos, y de ahí las imprudentes competencias que son preludio funesto de consecuencias lamentables. A ellas se debe el trágico fin de los diestros Sileri y Punteret.

Quisieron ambos demostrar que podían hacer y hacían más que otros, y deseosos de acrecentar los laureles que legítimamente les otorgó aquel gran pueblo, intentaron con sobra de arrojo y falta de prudencia ejecutar esas suertes difíciles, en que la casualidad entra por mucho, y que tienen más de riesgo y efecto plástico que de sólido fundamento.

Murió el primero á consecuencia de cogida después de dar el salto de la garrocha, y el segundo al poner banderillas en la silla, y su memoria no se ha borrado ni se borrará en mucho tiempo de la mente de los buenos aficionados. Ese deseo, ese afán de sobresalir por otros ha inutilizado muchos hombres que, dadas sus condiciones y especiales aptitudes, hubieran tal vez sido gloria del arte á que se dedicaban.

Si en vez de buscar efectos con esas suertes bonitas, de indudable mérito, pero de puro adorno, y como de adorno de escasa necesidad, que en muchas ocasiones más perjudica que bien hace, se hubiesen dedicado á ejecutar á conciencia, á perfeccionar, en lo posible, las suertes verdaderas de la tauromaquia y el conocimiento de la índole y sentido de las reses de lidia, difícilmente hubiéranse acaecido tales desgracias.

Tengan esto muy presente los emigrantes que allá van, cada año en mayor número. Consideren que el cumplimiento de su obligación no les exige otra cosa que aquello á que se han comprometido; es decir, el picador á picar bien, el banderillero á clavar buenos pares y bregar con arte, y el matador á dirigir la lidia con esmero y á estoquear sin zaragatas, corto, derecho, y con vergüenza torera. Lo demás procuren evitarlo, consideren á los lidiadores americanos como buenos compañeros, agradeciendo las hospitalidad que les prestan, y á trabajar para adelantar, no para echarse atrás.

La misma conducta deben observar los que aquí quedan, por si algún día se acuerdan de ellos para concurrir á esa voluntaria emigración. Ya que son tantos los toreritos de generación espontánea que se lanzan á las Plazas á los pocos años de abandonar la lactancia, bueno es que tengan salida para